

ITEM ITEM I  
TEM ITEM IT  
EM ITEM ITE

revista de ciencias humanas

5

UNIVERSIDAD DE ALICANTE

I T E M  
REVISTA DE CIENCIAS HUMANAS

Con la colaboración de la  
Caja de Ahorros de Alicante y Murcia

número 5

año 1981

CENTRO DE ESTUDIOS UNIVERSITARIOS  
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

# Sumario

|  |     |
|--|-----|
| E. Matarredona Coll: <i>Evolución demográfica del Alto Vinalopó</i>  | 7   |
| J. Uroz Sáez: <i>Sobre la sociedad edetana</i>   | 21  |
| R. Ramos Fernández: <i>Aspectos culturales de la Alcudia de Elche - Ensayo de interpretación arqueológica</i>  | 39  |
| J. M. del Estal: <i>Singular relevancia del "Castrum d' Alacant" a tenor de una provisión real inédita de Pedro IV de Aragón</i>                                   | 51  |
| R. M. Blasco Martínez: <i>Los protocolos notariales en la provincia de Alicante. Primera aproximación a un problema</i>  | 65  |
| J. L. Román del Cerro: <i>La significación de los morfemas de tiempo. Hacia una reconstrucción de la estructura temporal</i>                                       | 81  |
| L. Alpera Leiva: <i>Cap a una interpretació sociolingüística i semàntica dels problemes d'interferències i de substitucions lèxiques en el valencià meridional</i> | 93  |
| J. M. Tortosa: <i>Lengua y desarrollo: algunas relaciones</i>  | 107 |
| R. Alemany Ferrer: <i>Un antecedente olvidado de Antonio de Nebrija: La obra lexicográfica de Alonso de Palencia</i>   | 119 |
| I. Mateo: <i>La entropía como metáfora en V. de Thomas Pynchón</i>   | 133 |
| J. Asensi Sabater: <i>Introducción al régimen autonómico de la Constitución Española de 1978</i>   | 151 |
| R. Medina Rubio: <i>Nueva izquierda y tecnocracia en recuerdo de Herbert Marcuse y Rudi Dutschke</i>   | 173 |
| M. J. Bono Guardiola: <i>Rafael Altamira: Ideario pedagógico de un humanista liberal</i>   | 185 |
| M. Maragón Maestre: <i>Comentario de libros recibidos</i>  | 197 |

## **I T E M Revista de Ciencias Humanas.**

*Director: Antonio Gil Olcina y Manuel Moragón Maestro; Subdirector: Juan Luis Román del Cerro; Redactor Jefe: Manuel Oliver Narbona; Administrador: Jaime Crespo Giner; Consejo de Redacción: Emilio Feliu, José Uroz, Rafael Navarro, Enrique Giménez, Mario Martínez, Enrique Rubio, María José Bono, Francisco Gimeno, M. A. Lozano.*

*Correspondencia, suscripciones, reseñas y distribución*

*I T E M. Facultad de Filosofía y Letras de Alicante.*

*Suscripción anual.*

*España: 200 Ptas. Extranjero: 300 Ptas.*

*Número suelto:*

*España: 125 Ptas. Extranjero: 150 Ptas.*

## **ASPECTOS CULTURALES DE LA ALCUDIA DE ELCHE: ENSAYO DE INTERPRETACION ARQUEOLOGICA.**

**Rafael RAMOS FERNANDEZ**

Universidad de Alicante.

Es evidente que la pretensión de la arqueología como ciencia radica en "hacer" historia por medio de la interpretación. La arqueología pues responde en este sentido al tipo de investigación necesaria para poder acometer e intentar resolver los problemas de disciplinas sintéticas como la prehistoria y la historia.

Actualmente la arqueología se nos muestra como una ciencia precisa cuya metodología matiza sensiblemente el conocimiento de los descubrimientos del pasado. Además, pese a las tradicionales limitaciones materiales que los restos hallados implican, también hay que hacer notar los positivos avances en el campo interpretativo debidos a la propia deducción, pues la arqueología utiliza para sus fines el razonamiento lógico y sus conclusiones generales proceden del mero análisis deductivo.

Es evidente que siempre que se utiliza una orientación deductiva hay que iniciar la labor con hipótesis que por lo general, aunque no necesariamente, han sido obtenidas inductivamente, pero que más tarde han de poder comprobarse de forma explícita. Las hipótesis son necesarias para dirigir la investigación, para determinar qué datos adicionales deben ser buscados y para guiar el análisis general de la documentación, pues no es probable que se obtengan datos significativos si no existe el planteamiento de la hipótesis a la que tales datos deben su importancia. En este sentido, las generalizaciones supuestas o confirmadas guían necesariamente la dirección de la investigación.

Para lograr la comprobación de una explicación hipotética aplicada a datos arqueológicos hay que poner de manifiesto las conexiones entre los materiales y sus distribuciones y, además, evidenciar el patrón de comportamiento de las gentes que los manufacturaron. Por tanto, su finalidad radica en hacer operativo un marco teórico, con lo cual se podrán relacionar las hipótesis con las cerámicas, los restos arquitectónicos, las tumbas y todos los demás vestigios arqueológicos de los pueblos del pasado.

Hasta hace muy pocos años se afirmaba que el registro de documentación arqueológica quedaba muy limitado principalmente en función de la pobreza de información disponible debida a problemas de conservación. Hoy tal postura ya no es válida, pues el nuevo enfoque se centra en los aspectos positivos del registro arqueológico, del cual es posible extraer información sobre muchos aspectos de un sistema cultural desaparecido.

Por consiguiente, el problema básico del excavador consistirá en saber qué datos significativos son los que necesita para plantear su hipótesis. En efecto, casi nunca se recoge lo que no se está buscando. Por ejemplo, antes del descubrimiento y aplicación de la técnica de detección por radiocarbono se prestaba poca o ninguna atención a los restos de carbones que aparecían en el transcurso de las excavaciones, pero a partir del conocimiento de tal técnica, desde 1948, esos carbones se esperan y se buscan constantemente, y se recogen con las atenciones adecuadas para que puedan ser remitidos a los laboratorios donde se mida su contenido en C14. Esto mismo es lo que lamentablemente, hasta hace muy poco tiempo, ha venido pasando con la llamada cerámica ordinaria que tan excelentes informaciones ofrece en la actualidad.

El método interpretativo radica simplemente en la aplicación arqueológica de los procedimientos normales usados en cualquier disciplina científica, obteniendo a través de ellos información de cualquier elemento observable. La documentación que ofrecen los yacimientos consiste en útiles, elementos arquitectónicos y restos no manufacturados, los deshechos de toda sociedad humana, a los que se suman las características de las distintas piezas y sus relaciones espaciales, es decir el estudio de la distribución tridimensional de los materiales, dónde aparecen y cómo están depositados. Por otra parte, hay que tener en cuenta que las áreas de actividad reflejadas en la estratigrafía del yacimiento pueden ser horizontales o verticales, según respondan a la generalidad de ocupación de superficie o a la concentración sobre la misma. Es eviden-

te que los miembros de un mismo estadio cultural pueden realizar diferentes actividades en distintas partes del mismo yacimiento arqueológico y durante la misma época, consecuencia, por ejemplo, de los gremios existentes en las ciudades. En todo complejo cultural existen gentes dedicadas a tareas distintas: pescadores, cazadores, agricultores, alfareros, herreros, etc, cuyas herramientas y cuyos despojos serán totalmente distintos con arreglo a su función, pero que corresponden a la misma cultura.

Lógicamente, siguiendo el proceso interpretativo, cuando ya se ha definido el problema a estudiar es cuando hay que especificar qué clase de datos son necesarios para poder resolverlo. Y una vez aquéllos han sido ya fijados, al menos en términos operativos, y recogidos, entonces se inicia su análisis del que se desprenderá la interpretación. Además, como es natural, los datos etnológicos, sociológicos e históricos, colaboran eficazmente en la resolución de algunos problemas. Así, la arqueología es un medio para comprender las actividades de los seres humanos a través del estudio de lo que aquellos hicieron. Así, el excavador ha de considerar como material histórico a la documentación que obtiene.

Partiendo de tales bases intentaremos esbozar el desarrollo cultural e histórico de la vida del yacimiento arqueológico de La Alcudia de Elche.

Es indudable que las gentes de la Edad del Bronce eligieron este lugar de emplazamiento atendiendo a las extraordinarias dotes de habitabilidad y de defensa que ofrecía, lo que fue en su época requisito esencial de establecimiento de las primeras sociedades urbanas. Se trata de un antiguo islote formado por materiales de deyección de un río que bifurcaba su caudal para formarlo. Así, en plena llanura, con tierras fértiles, abastecidos de agua y con un amplio foso natural, la elección del lugar no debía ofrecer dudas.

Este primer asentamiento humano en La Alcudia, estratigráficamente establecido sobre la tierra virgen y al mismo nivel que las tierras que rodean al yacimiento, responde con sus materiales a un período de relativa pobreza, estancado en el tiempo y con una pérdida manifiesta de evolución ascendente. Los hallazgos que la excavación ofrece consisten en fragmentos cerámicos sin muestras de torno que aparecen acompañados de vasijas con decoración a rueda, de pastas con impurezas, y de piezas cerámicas de impor-

tación. Con ellas, hachas de bronce de tipo netamente definido, junto a las de piedra pulimentada, y abundantes dientes de hoz labrados en silex. Tal complejo material nos pone de manifiesto el lento desarrollo de una larga y tradicional Edad del Bronce en nuestro litoral mediterráneo.

Por otra parte, carecemos de datos suficientes para precisar si este complejo es Argar o es Bronce Valenciano. No hemos descubierto necrópolis interior que ratifique su atribución argárica, pero a unos cuatro kilómetros al Norte de La Alcudia, en un yacimiento junto al Vinalopó, el Puntal del Búho, aparecen los típicos enterramientos de cista del mundo del Argar. Además, los tipos cerámicos muestran una cierta difusión de tecnologías y formas fácilmente apreciable. ¿No sería precisamente el valle del Vinalopó la zona, no de frontera sino, de confluencia de aquellos dos mundos culturales que aquí sólo se distinguirían por sus religiones, evidenciadas por sus tipos de ritos funerarios?

Sobre las cabañas arrasadas que formaron este poblado se levantó otro, hacia el siglo VIII a.C., que a lo largo de su vida va mostrando cómo la fisonomía posterior de la cultura ibérica comienza ya ahora a manifestarse en sus cerámicas. Se trata de una época de influencias exteriores, época que podemos considerar de formación del mundo ibero. Esto equivale a afirmar que los iberos no vinieron a nuestras tierras de ninguna otra parte porque ya estaban aquí. Fueron aquellas gentes que, a través de la Edad del Bronce y de esta etapa a la que ahora aludimos, asimilaron cuanto les llegó del Mediterráneo Oriental y Central creando así su propia cultura. Pero ¿A qué se debieron las relaciones citadas considerando que estas tierras carecen de minerales explotables metalúrgicamente? Cabría la hipótesis de la posibilidad de un comercio de exportación de mármoles de las todavía actuales canteras de Aspe, Novelda y Monforte, cuya materia prima saldría por el Vinalopó al puerto Illicitano y sería comercializada por la metrópoli, nuestra Helike. ¿No es significativo que precisamente en la zona de canteras de Monforte existiera el gran santuario ibérico del que sólo nos han llegado, y no fruto de excavación, las espléndidas obras escultóricas y arquitectónicas que se custodian en el Museo Arqueológico de Elche?



Entre los fragmentos cerámicos descubiertos y correspondientes a este período son frecuentes los fragmentos de vasijas de grandes dimensiones decoradas en color siena, acompañadas de abundantisima cerámica de importación, generalmente pintada en siena y naranja, probablemente de procedencia chipriota y jónica.

A fines del siglo VI a.C., sobre las ruinas del poblado anterior, se configura una auténtica ciudad en La Alcudia (estrato III). Se trata de la Helike ibérica, ciudad que perdura hasta el momento de su destrucción por las tropas cartaginesas en el año 228 a.C.

El trazado de esta ciudad responde a unas claras normas de urbanismo, calles que se cruzan en ángulo recto, construcción popular con viviendas de habitaciones rectangulares y edificios monumentales. Además, esta ciudad encierra la época de la escultura ibérica que, por tanto, cronológicamente, se encuentra centrada entre los siglos V y III a.C., sin manifestaciones anteriores ni posteriores. Por otra parte, es evidente que esta escultura ofrece indudables matices helénicos y con respecto a ella, deberíamos hablar, dada su relativa abundancia, de la existencia de talleres indígenas helenizados.

Durante esta época la cerámica responde a nuevas formas decorativas, con motivos de bandas horizontales o con temas geométricos con múltiples combinaciones de círculo y segmentos de círculo, apareciendo también, aunque en menor proporción, dibujos vegetales y zoomorfos. A esta cerámica típica y a la ordinaria ibérica se suma la presencia de cerámica ática, consecuencia lógica del comercio y las relaciones humanas generales entre Iberia y el mundo griego.

Tras la entrada de los Barcas en esta ciudad de Helike y su consiguiente destrucción, se levanta sobre sus ruinas otra nueva, estrato IV de La Alcudia, cuya vida comprende aquel corto período de dominación cartaginesa continuado con una etapa de casi dos siglos durante la cual la población indígena conserva las tradiciones púnicas, por lo que esta fase puede denominarse ibérica II o ibero-púnica. Consiguientemente, vencida la ciudad de Helike por Asdrúbal y bajo la dominación cartaginesa comenzaría una nueva fase en La Alcudia, cuyo legado a la posteridad sería esencialmente su cerámica, con su rica y variada ornamentación pintada. Esta nueva ciudad perdura hasta mediados del siglo I a.C. A ella corresponden los bellos vasos decorados con ingenuos rostros humanos y hermosas estilizaciones de aves: carnívoros, caba-

llos, peces, figuras humanas, etc.: vasos cuya decoración es a veces un simbolismo religioso, así encontramos representaciones de los animales sagrados púnicos, mostrándonos la influencia cartaginesa no sólo la decoración de la cerámica, sino también el hallazgo en este estrato de monedas con el cabiro de Ibiza, numerosas cuentas de collar de pasta yítreas, grafitos en bocas de ánforas y otros objetos de hueso y marfil de indudable procedencia púnica. Es muy probable, no obstante, que esta temática no se deba a un predominio cultural y territorial púnico, pero lo que sí es evidente es que fuertes lazos de influencias de Cartago caracterizan a esta época de La Alcudia.

Los iberos de este período reanudaron su vida, que en los siglos IV y III había sido brillante, y que durante el II y parte del I a.C. debió continuar siéndolo, puesto que son muchos los restos arqueológicos que responden con su carácter púnico a este momento en que los romanos dominan políticamente el país, pero que éste sigue viviendo de sus tradiciones ibéricas aunque sensiblemente matizadas por lo púnico. Recordemos que la cultura ibérica nació de contactos con Oriente y por ello, cabe pensar que estuvo abierta a cuanto de material y espiritual de allí procedía, rechazando de plano las aportaciones romanas. ¿Cómo explicar sino la presencia de sacrificios infantiles de ritual oriental o el ara de culto a la cabeza cortada en esta ciudad de La Alcudia?

Pero ¿Cómo tan pocos años de dominación púnica pudieron marcar tan profundamente a la cultura indígena durante casi dos siglos? Tal vez encontremos la respuesta en un estudio de relaciones comerciales. ¿No sería Ibiza el reducto pervivente púnico que mantuviera tal comercio y animara ese espíritu en Iberia aún después de haber desaparecido Cartago?

Además, lógicamente, en este estrato no es sólo cerámica ibérica II la que se encuentra, sino que junto a ella aparece, además de la indígena sin decorar, cerámica procedente de Gnacia, la llamada campaniense en sus variantes A y B, la de "Megara" y la calena.

El año 42 a.C., fecha obtenida del estudio numismático de la ceca local, Helike fue declarada colonia romana, y desde aquel momento la historia la conoce por el nombre de Illici, si bien durante esta etapa, estrato V de La Alcudia, pese al cambio de mandos políticos, perviven las costumbres ibéricas. Por ello a este período lo denominamos ibero-romano.

Helike había sido un centro indígena extraordinariamente importante que con la dominación militar y política romana alcanzó la consideración jurídica de Colonia y fue llamada Iulia Illici Augusta, se la consideró "Inmune" y además gozó del "Derecho Itálico".

La ciudad de este período mantiene el urbanismo ibérico y en ella se construyeron grandes edificios públicos, como lo prueban los monumentales restos arquitectónicos descubiertos. Los materiales de uso cotidiano hallados muestran la mezcla de indigenismo y de romanización típica del momento. La cerámica ibero-romana, con otras características y modalidades a las de épocas anteriores, convive con la campaniense B y C, con la presigillata y con la sigillata primitiva.

Evidentemente, la cerámica indígena, es decir ibero-romana, de este período ofrece características peculiares: La decoración de bandas de SSS que anteriormente se empleaba como motivo secundario de decoración, pasa a ser el tema principal y único que decora algunos vasos, si bien subsisten todavía los tipos y modelos de la época anterior. Surge un nuevo motivo de tallos y hojas, muy esquemáticos; y una nueva modalidad en la técnica consistente en realzar el dibujo por medio de líneas incisas en el barro ya decorado y cocido.

Aparece también la campaniense B y C con estampillas de letras latinas, del tipo de las de la sigillata; junto a este material encontramos cerámica roja con palmetas típicas de la campaniense, es decir, que éste es el momento de la evolución de la cerámica campaniense a la sigillata, por ello se emplean indistintamente las marcas de una y otra en cerámicas con barniz negro o rojo. En consecuencia, con respecto al origen de la terra sigillata habría que marcar dos puntos: Por una parte la aparición de la rica producción de Arezzo, consecuencia de la adaptación de las técnicas cerámicas de "Megara". Por otra, el cambio de gusto con respecto a la coloración del barniz de las piezas, cambio del negro por el rojo, cambio que, como apreciamos en La Alcudía, se produce por evolución en los mismos talleres en que se había venido produciendo la cerámica campaniense.

También en este estrato, lógico por tratarse de su época, aparece la sigillata aretina, con marcas rectangulares distribuidas sobre el fondo de los platos y posteriormente con una sola marca central; y ya también comienza a surgir la sudgálica.

Los límites cronológicos del estrato siguiente, La Alcudia VI, dados los materiales hallados, podemos considerar que comprenden desde mediados del siglo I de C. hasta la incursión de los francos en la segunda mitad del siglo III de C.

Esta ciudad, levantada sobre las ruinas de la anterior, que por muchos indicios parece que fue arrasada por un incendio, se nos muestra con una fisonomía plenamente romana, hecho que se ratifica históricamente por la realidad de que ciudadanos de la propia Roma vienen ahora a vivir en la floreciente Illici. Es este un período en el que, en muchos aspectos, se deja sentir la influencia de Pompeya y Herculano, dando lugar a un arte provincial romano. Así lo podemos ver a través de los mosaicos, pinturas murales, elementos arquitectónicos, escultura, etc. El aspecto de sus viviendas varió mucho con respecto a épocas anteriores, pues además de los elementos ornamentales indicados, constaban de una gran sala con el impluvium y un peristilo que daba acceso a las distintas habitaciones y al jardín. Todo ello implica una suntuosidad y una serie de comodidades correspondientes a una ciudad de un nivel económico elevado, según parece además desprenderse de construcciones de carácter público como son el alcantarillado y las termas.

En este estrato han sido encontradas cerámicas ordinarias, sigillata sudgálica así como hispánica, y sigillata clara, si bien este yacimiento ofrece características propias en sus conjuntos cerámicos, pues además de las variedades indicadas prosigue la modalidad de la cerámica pintada en siena, aunque en vasos romanos, esencialmente olpes, cuya decoración suele ser muy sencilla, con roleos, volutas y elementos vegetales, persistiendo también las decoraciones de peces que, aunque bien ejecutados, tienen un estilo diferente a los de épocas anteriores. Acompañando a estos materiales se encuentran además cerámicas de Aco y cerámicas vidriadas con barniz verde.

Pero aquella suntuosidad a que hacíamos mención acabó mucho antes de lo que tanta "riqueza" hacía suponer. Realmente, pese a tanta apariencia, la crisis económica había hecho ya presa en el Imperio Romano. Aprovechándola, unas hordas de francos iniciaron rancias de saqueo y destrucción. Este hecho, que se refleja perfectamente en Illici, tuvo lugar entre los años 250 y 260 de C., durante el reinado de Galieno. Nuestra ciudad fue otra vez destruida de una manera bárbara y total.

Aunque con índices claros de pobreza, la ciudad se reedificó, estrato VII de La Alcudia. Se aprovecharon las viviendas que quedaron en pie y la crisis general continuó minando el espíritu creador de las gentes.

En esta época el Cristianismo ya ha llegado a los illicitanos, que se entregan a él plenamente y precisamente en estos momentos, se construyó un monumento extraordinario, la Basílica de Illici, con su magnífico mosaico polícromo.

Este período está caracterizado por la presencia de abundante cerámica estampada, tanto de barro rojo como gris, que no aparece en estratos anteriores ni posteriores, y que se encuentra acompañada de cerámica ordinaria, gris y siguillata clara.

El momento final de esta etapa queda marcado por la fecha procedente de las monedas que integraban el hallazgo de conjunto con un tesoro perteneciente probablemente a un orfebre, puesto que las piezas están en proceso de fabricación, y que marcan el año 410 de C., por lo que deducimos que la última fase de habitabilidad de esta ciudad corresponde a principios del siglo V de C., fecha que coincide con las llamadas invasiones bárbaras.

A partir de tales momentos se inicia la época que podemos llamar "visigoda", estrato VIII de La Alcudia, dentro de la cual existió un paréntesis de dominación bizantina (551 a 621 de C.). La ciudad de Illici, tras el ataque de los bárbaros continuó su existencia tardorromana, pasando más tarde a depender del poder bizantino, dependencia de tipo más nominal que real, y después al mundo visigodo. Es decir que durante esta etapa cambiaron los mandos políticos de la ciudad, pero la vida de sus gentes, como ya había ocurrido en épocas anteriores, tuvo pocas modificaciones y aunque abocados a una manifiesta decadencia, mantuvieron sus tradiciones. En consecuencia, la auténtica visigotización de la población de La Alcudia sólo se realizó a partir de los comienzos del siglo VII de C.

Durante esta época se incorporaron a la Basílica el ábside y el cancel. Illici por aquellas fechas tenía ya la categoría eclesiástica de Obispado y fueron varios los obispos de ella que asistieron a los Concilios de Toledo.

Por otra parte, el exponente más claro de la crisis que vive la ciudad lo encontramos en el tipo de las cerámicas de esta época: es basto, teniendo la pasta muchas impurezas y estando, en buena parte, confeccionada a mano. Encontramos por tanto en ellas una regresión total en cuanto a la técnica de los productos cerámicos.

Asistimos aquí al ocaso de un gran mundo que se extingue. Las grandezas de los períodos ibéricos y de la Colonia Illici Augusta de los tres primeros siglos de nuestra Era se derrumba, apagándose paulatinamente durante las dos últimas fases de La Alcudia, hasta agotarse poco a poco tras la llegada de los árabes que se establecieron en el solar del actual Elche.

Dos cosas se suman a la muerte de Illici en La Alcudia: El desplazamiento probable de buena parte de la población joven hacia Elche ante los nuevos medios de vida; y la cerrazón de los profundamente cristianos illicitanos a todo lo que suponía relación con el pagano, con el moro.

Es muy significativo el hecho de que ni un sólo fragmento de cerámica árabe haya sido descubierto en el yacimiento arqueológico de La Alcudia, en el solar de Illici, lo que viene a demostrar cómo el conjunto de esta ciudad estuvo plenamente aislado del movimiento civilizador que aquel nuevo asentamiento suponía, puesto que la ausencia total de cerámica árabe en La Alcudia, según la metodología arqueológica, confirma que los árabes nunca pisaron su recinto. Además, según los cronistas locales, hasta después del siglo XVII no se aprovecharon agrícolamente estas tierras, que, rodeadas de frondosos olivares, constituían un coto silvestre donde sólo crecían, espontáneamente, la sosa y la barrilla.

## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Ibarra, A.

Illici, su situación y antigüedades. Alicante, 1879.

Ibarra, P.

Elche, materiales para su historia. Cuenca, 1926.

Ramos Fernández, R.

Las invasiones de los francos en España. Anales de la Universidad, XXIII, 3-4. Murcia. 1965.

—Memoria de las excavaciones practicadas en La Alcudia de Elche. Not. Arq. Hisp., VIII y IX. Madrid, 1966.

—Inscripciones ibéricas de La Alcudia. S.I.P. Arch. Preh. Lev. XII. Valencia, 1969.

- Amuletos de tipo púnico descubiertos en La Alcudia de Elche. I.E.A., 1. Alicante, 1969.
- De Helike a Illici. Alicante, 1974.
- Tipología de los pondus. Miscelánea Arqueológica, II. Inst. Preh. y Arq. Barcelona, 1974.
- La ciudad romana de Illici. I.E.A. Alicante, 1975.
- Las villas de la centuriación de Illici. Sumposium de Ciudades Augusteas, II. Zaragoza, 1976.
- Excavaciones en La Alcudia de Elche. Exc. Arq. en España, núm. 91. Madrid, 1976.
- Arqueología. Métodos y técnicas. Ed. Bellaterra. Barcelona, 1977.
- Ramos Folques, A  
Vestigios cartagineses en La Alcudia de Elche. I Cong. Arq. Marruecos. Tetuán, 1953.
- Elche y su arqueología. Universidad de Sao Paulo. 1957.
- La escultura ibérica. V. Cong. Int. Arq. Hamburgo. 1958.
- La cerámica ibérica de La Alcudia de Elche. VI Cong. Int. Arq. Roma. 1962.
- La Alcudia. Exc. Arq. en España, 8. 1962.
- Excavaciones en La Alcudia. S.I.P., 39. Valencia, 1970.
- Evolución de la cerámica campaniense a la sigillata en La Alcudia de Elche, R.C.R.F., XI-XII. Tongres, 1970.
- Historia de Elche. Elche, 1971.

Sanz, C.

Recopilación en la que se da cuenta de las cosas así antiguas como modernas de la ínclita villa de Elche. 1621 (manuscrito).